



166/496

Crónica Literaria

Por ALONE

Don Diego Barros Arana y
don Francisco Antonio Encina.

Una persona cuyas opiniones me gustaría infinitamente compartir me ha reprochado, hace poco, la que expresé sobre don Diego Barros Arana, dando ayo, a propósito de don Francisco Antonio Encina.

Creo que esta discrepancia merece una explicación detenida. Habría que partir de la base, del congreso mismo de la historia. El nombre de ciencia que se le aplica induce inevitablemente a un error: se la confunde con las matemáticas, la física, la química o la astronomía; se la toma como una ciencia exacta. Y esto crea una fuente de malentendidos.

La Historia procura, naturalmente, acercarse a las ciencias exactas y formular verdades indiscutibles; pero se halla todavía muy lejos de conseguirlo y la posibilidad misma de que alguna vez lo alcance es dudosa.

Se trata de "el hombre, ese desconocido", y todo lo que a él se refiere, historia, biografía, psicología, filosofía, sociología, política, legislación, etc., trabaja sobre incógnitas indescifrables y no puede usar el lenguaje dogmático. Sus resultados, aun los aparentemente más seguros, caen dentro del círculo en que Jaime comprendía la religión: "un poema acompañado del crepúsculo".

Si no entendemos a nuestros contemporáneos, si los padres se espantan de sus hijos y los hermanos difieren hasta el aborrecimiento ¿qué certidumbre podremos tener de lo que pensaban y sentían nuestros lejanos antepasados que están en las páginas de los libros y en los pedestales de los monumentos? Simples hipótesis, presunciones, probabilidad, adivinas.

La expresión se endurece y apunta medio a medio al blanco si, en vez de ciencia, decimos arte.

Inmediatamente, las palabras caen con la realidad y las discrepancias se acortan, sin que cabe decir que se entienden.

En el reino de las artes impera soberanamente el gusto personal. No existe arte objetivo. Así como los médicos reconocen que no hay enfermedades sino enfermos, los artistas, entre ellos los que cultivan la Historia, deben aceptar que en sus narraciones se proyecta inevitablemente su propia imagen, su sentimiento íntimo, su manera de ver y de reaccionar ante la realidad.

O sea que ahí cada cual es un mundo.

Queriendo explicar el extraordinario placer que me causaba la Historia de Chile de don Francisco Encina, instintivamente mis ojos se volvieron buscando un punto de referencia hacia el arquetipo de nuestros historiadores y figura máxima de Chile no solo en ese orden. Comparándolo con él es como tendría mayores probabilidades de que me entendieran: no había otro tan semejante y tan distinto, tan expresivo de su propia época y valioso dentro del mismo nivel. Era el ideal de la pareja disparata que hace resaltar apenándose, las características propias.

Dados mi criterio y mis propósitos, según los he expuesto, sin pretensiones de imponerlos, mi preferencia por don Francisco resultaba inevitable.

La magna obra de Encina, cuyos veinte volúmenes (ahora dicen que son veintidós) están retraídos a muchos de acercarse a causa de su mismo impresionante tamaño, no solamente me resultó ligera, amable, entendida, sino que me conmovió como ya creía difícil que me sucediera a mis años, como me parecía natural, a principios del siglo, a los quince o veinte de

edad. Sentía leyéndolo una especie de rejuvenecimiento, me parecía estar redescubriendo a Chile, mirar por vez primera el extraño fenómeno de este largo, angosto y pequeño país tan diferente de los otros de su raza y su lengua: único en varios sentidos, pero, sobre todo, único de ellos, trascendental.

En ninguno más de Hispano América la guerra de conquista duró tanto si se encontraron frente a frente dos peleadores semejantes. Al mezclarse las sangres de ambos, primero en la batalla, después en el amor, surgió un producto completamente nuevo: únicamente aquí, no en la Argentina, en el Brasil o en México, ha podido hablarse de una "raza" con carácter propio. Lanzado rudamente el concepto por Palacios, los estudios de Alberto Edwards y la enorme visión intuitiva de Encina le han dado cuerpo sólido, indiscutible. Sobre ese terreno preparado, se levanta a su hora, providencialmente, el único genio político que Hispano América ha tenido, el único creador de una "república en forma" capaz de resistir sesenta años intacta y durar todavía ochenta más, sin que su vigor se extinga.

Ahora bien, los omnipotentes circunstancias, "el azar feliz", como dice Encina, hicieron que el espíritu militar, su disciplina, su tradición, venidos desde la Colonia, buscaran para guisarse la sombra de Portales, uniendo las dos fuerzas: las que en el fondo realizaron el milagro del 11 de septiembre y lo mantienen aún; un milagro en que la honda del pequeño David se le abrevió al gigantesco y múltiple enemigo, todavía estupefacto, furioso y pugnando por ahogarlo entre sus tentáculos de pulpo.

Lo inverosímil ha ocurrido.

Ahora bien, leyendo a Barros Arana, ese inverosímil, ese absurdo permanecerían en su esfera, la naturalista basada en la razón y nosotros no entenderíamos nada. Para Barros Arana lo sobrenatural no existe. Era de su tiempo. Encina, hijo del nuestro, rompe las vallas del racionalismo y con poderosa sensibilidad, siente y nos permite sentir los hechos, ver a los personajes, entrar en el mecanismo psicológico y parasitológico de la historia, como en una red palpante.

El la llamaba "historia genética", porque no le faltaban borlas; era una mentalidad rica, múltiple y fecunda, pero, sobre todo, era un artista, un hombre dotado para crear vida y belleza.

Leyéndolo con un poco de atención se observa en su prosa lo que los traductores llaman "voluntad de estilo", el deseo de agradar a sus lectores, el de facilitarles su camino mediante grandes simbolizaciones y la sencillez, la claridad, la naturalidad. D. Francisco tenía como uno de sus ídolos a Guy de Maupassant. Se advierte asimismo el sabor pintoresco de sus metáforas, su colorido campesino. Don Francisco Encina había trabajado mucho en la agricultura: esas imágenes le venían espontáneamente, le brotaban de adentro. Los entendidos de su tiempo lo consideraban la primera autoridad en materia de caballos de raza chilena.

¿Que comparación cabe con Barros Arana o los Amunátegui, hombres de letras, de estudio, de libros, de documentos, de archivos y bibliotecas?

Apasionado por la vida de acción, práctico y negociante, Encina no escribió sólo para especialistas, sino para el lector común: es decir, para todos. La gran extensión de su obra pudo reducirla a la mitad; pero entonces habrían desaparecido los detalles que la hacen animada y novelesca y no habría podido procurarnos con su lectura ese adobo de fuerza nerviosa, ese aumento de vida, esa alegría para siempre, el placer "única realidad de la única existencia que tenemos" (l'écrit).

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica literaria [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile